

ALEXIS/CAFFERATA

Escrito por Martín Vatenberg

INT. TALLER. NOCHE

Los ojos de yeso de "FRANCISCO CAFFERATA" ocupan todo el cuadro. Una mirada joven, serena pero hermética. La cámara retrocede lentamente hasta descubrir el busto completo: una réplica realizada por Lucio Correa Morales, a fines del siglo XIX, del primer escultor argentino. De fondo suena, lejana, "A punto de caer", de Charly García.

La cámara continúa desplazándose. Sobre una gran mesa de trabajo hay estecas, espátulas, trapos húmedos, restos de arcilla. También hay un retrato de Cafferata realizado por Augusto Ballerini, reproducciones de "La niñez de Giotto" y "Cabeza de esclavo", y algunos libros abiertos con anotaciones.

La cámara descubre finalmente a ALEXIS (38), manos fuertes y mirada segura, que trabaja frente a "La promesa": la escultura de un joven hombre que contempla, apenas sonriente, a un pequeño cordero. Con una paleta retira una mínima porción de arcilla del borde de la boca. La observa un instante, pero no le convence. Vuelve a colocarla nuevamente y la expresión cambia apenas, aunque todavía no es la deseada. Alexis suspira, retrocede un paso, estudia el rostro con cierta distancia. En el suelo, sus galgos Ernestina, Aurora y Hugo duermen abstraídos de todo.

En un momento, una sombra atraviesa fugazmente el taller. Alexis gira: nada. Tras unos segundos, regresa a la escultura y consulta unas fotografías del modelo que cuelgan de un atril. Las compara con el rostro de arcilla. Detrás de él, inmóvil, el busto de Cafferata. Alexis vuelve a trabajar sobre la comisura de los labios del joven. Busca el detalle exacto en que la mirada empieza a sonreír. Pero algo convoca su atención y levanta apenas la vista: en el gran ventanal del taller el reflejo ya no coincide exactamente con sus movimientos. Donde debería estar solamente Alexis... alguien permanece inmóvil: Francisco Cafferata. Los dos se observan. Alexis atina a bajar la vista, pero la duda dura apenas un instante. Vuelve a levantarla y elige quedarse mirándolo: el rostro es joven, la barba corta y los labios apenas entreabiertos.

La música termina. Alexis deja la paleta, se limpia las manos con un trapo. Camina hacia el busto detrás suyo y se detiene muy cerca. Levanta la mano y apoya la yema del dedo índice sobre el labio inferior de yeso. Lo recorre despacio, de una comisura a la otra. Luego lleva la mano hasta su propio labio, lo recorre con el mismo dedo. La arcilla húmeda deja una línea oscura. Con el dedo todavía sobre su propia boca, mira al busto. Alexis duda un segundo. Después, despacio, algo pudoroso, lleva su mano hacia abajo y se toca por encima de la ropa. La mano roza su sexo a su propio ritmo. El bulto crece poco a poco, hasta erectarse del todo.

Los ojos de yeso no se mueven, pero tampoco se apartan. Alexis se desabotona el pantalón, se baja la bragueta. Mete su mano por debajo del boxer gastado. Se toca, se expande en una masturbación que lo erecta aún más.

Se agita, se estremece, sin dejar de mirar el busto. Su respiración se confunde con jadeos. Con la otra mano, se toca el pecho. Se pajea, con más y más intensidad.

En el suelo, aterriza un disparo de leche, rítmico e irregular, cuantioso e incesante. Alexis recupera la respiración poco a poco, ya vacío.

Por último, se compone y mira el labio de yeso de Cafferata: ahí está su huella dactilar, casi imperceptible, como una firma.